

estado, y que para conservar la castidad es mas seguro y menos ocasionado el del pobre; que aun al que ha gastado su hacienda en mujerés, el tiempo mismo le trae á que se despida desta pasion, porque le castigan los verdugos de la miseria, de la desnudez, de la enfermedad, de la hambre y falta de sustento, y en el último extremo entra la mendigüez, y hacerse uno pordiosero, pues se sacan de tales romerías estas veneras; y quien gasta sin propósito, viene á demandar á propósito; y quien da lo que tiene á malas mujeres, pronto viene á pedir lo que le falta á puertas de buenos hombres. Mientras que es uno rico, adinerado y próspero, convídasele mil mujercillas, ofrécese mil terceras ó alcabuetas, en cualquier meson le dan puerta; pero en viniendo á pobreza nadie le conoce, y en este estado solamente se mantiene el pobre con el deseo, por el vicio que le queda del tiempo pasado; andase tras el olor, y con solo la vista apacienta su alma. Claro símbolo desto fué el hijo pródigo, que primero trató de ser señor, y no topó con ello; procuró regalos de mujeres que tampoco le duraron, y vino á tiempo que trataba de lo puro necesario, que es el sustentarse. Con esto ya no se le hacia la cama mal mullida, aunque era de campo, teniendo por cortinas los vientos y por cielo el estrellado. Ya no se quejaba del mal talle que le hacia el vestido, aunque era agironado y lleno de bastas costuras. Ya no se le hace mal sazonado el pan, aunque era de borona, y tiénele por reciente, siendo cocido de quince dias. Todos estos daños vienen claramente al que sigue el aficion de mujeres. Pero es tan grande el incentivo que tenemos para ello, y es cosa tan rigurosa y mar tan furioso, que pocos navios escapan sin tormenta, y muchos quedan anegados: hácenos guerra el fomes, astilla, rastro ó reliquia que quedó de la corrupcion de la humana naturaleza, y de la rebelion contra la razon nacida de la privacion de la justicia original, aunque á la verdad, la concupiscencia está en el libre albedrio depravado con ignorancia, y engañado so color de bien aparente. Quien oye esto luego me dirá: pues «¿cómo, Guzmán, siendo vos tan predicador, no tomábades esos consejos? ¿De dónde habeis sacado tan buenas consideraciones y tan ruines hechos y propósitos?» Haz, hermano, lo que digo, y no lo que hago. Ya te digo cuán perversa era mi inclinacion por la vida que habia profesado libre y sin superior, aunque realmente tenia muchas veces buenos pensamientos; que si mi buen natural hubiera tenido buena direccion, y hubiera tratado con gente virtuosa, hubiera llevado vida muy recogida. Bien lo eché de ver en mi vida picaresca, que muchos hijos de buenos padres que la profesaban, aunque después los quisieron recoger, no hubo remedio: tal es el bebedizo de la libertad y propia voluntad. Mas como en casa de monseñor casi por fuerza estudié latinidad y griego, y vi muchos libros, con mi buena memoria se me quedaron muchas especies de cosas de mil maneras; y así no te maravilles, amigo, que haga algunos discursillos, y te dé cuenta de mis pensamientos, pues te podrian ser de provecho si los consideras: que para esto te cuento mi vida, para que escarmientes en cabeza ajena. ¶

Y volviendo al principio de mi digresion, en verme galán, parece que me ufané como el caballo, que siente cuando el que va en él sale galán y gallardo. Quisierairme todo el dia por las calles, porque me vieran en el nuevo traje. Topéme con una venerable vieja que traía de la mano una dama como un serafín, que parecia su hija; parecióme que ya volvian acia su casa, porque ya sería hora de comer. Pesábame de ir atado acompañando á mi amo, porque no podia hablalle; que en viéndola parece que me habló con los ojos, y me hizo buen acogimiento. Robábame el corazon con solo levantar su vista que tenia no sé qué de suavidad. Conocí que ni le pesaba de haber nacido, ni de que yo pusiese en ella los ojos. Fué mi ventura, ó desgracia por mejor decir, que yendo como emparejados con la

pausa que van las mujeres, y la que llevaba mi amo con su carroza, mi dama tropezó y cayó, ó de veras, ó porque quiso fingirlo. Salté del caballo como un viento, y ayudéla á levantar. Trabéla de la mano, que la tenia como de un mármol pario, blanquísima y muy bien hecha; y dijele, que en viéndola me habia robado el alma, que mirase por ella, y la tratase con mas piedad que á mí me trataban mis pensamientos por su causa. Espantóse de ver mi lenguaje español, aunque mostró holgarse mas, y dijo, que no habia en ella partes donde yo me pudiese emplear. Volví á mi caballo, y á pocos pasos ella y su madre se entraron en su casa que estaba en la misma calle, harto buena; y las señas della las aprendí de paso, que no hubiese después menester guía ni adalid. Ya comencé á fabricar castillos en el aire, y sentir gran revolucion de pensamientos. En el pecho de todas maneras estaba inquieto, que aunque el amor era niño en mí, se habia hecho ya gigante, porque fácilmente daba la posesion de mi libertad, como quien todo le parecia sobrado de bueno para mi intento, y lo poco que yo merecia. Consideré aquellas palabras que me dijo, que no habia partes en ella para que yo me emplease. Quise de aqui inferir que no estaba mal conmigo; y en la mujer el no aborrecer es señal de amor, porque no tiene medio, y la que no desdén quiere ser solicitada.

Llegamos á casa, púsose mi amo á la mesa, y sentóse también mi señora Livia su hermana. Ya no me pareció tan hermosa como por lá mañana, ó porque la habia visto tras celosía, y se me habia antojado mas de lo que era, ó porque yo habia dejádome llevar de la señora que cayó por hacerme caer. Pero todavía tenia mucha hermosura y gentil gracia. Preguntóme mi amo: «Guzmán, ¿qué os ha parecido de Nápoles?» (subiéndome de tú á vos por razon del nuevo oficio y traje.) Díjele: «señor, no se puede negar que es muy principal ciudad; de grande nobleza, muchos edificios, grande lustre y pulicía.» Mirábame mucho mi señora Livia cuando yo estaba descuidado mirando á otras partes. Parecíame que todas se morian por mí, y que tenían razon, segun á mí se me antojaba, que estaba galán y gentil hombre; mas el corazon tenia yo fuera de casa, y así no hacia quimeras en lo que pasaba en ella; que el que ama, mas está en lo amado que en sí mismo: aquello me parecia fácil de obtener, lo de casa malo de digerir.

¶ Y siempre guardé la regla que se ha de ir muy lejos de casa á hacer carne, como el lobo, y efeco que el amor mas me entró por las manos que por los ojos, porque de tocar la mano quedé perdido y rematado; que el sentido del tacto es muy violento, es capitán de ladrones, conde de gitanos; y así que goza lo que otros roban, y así dicen que es mas pernicioso que los otros sentidos, porque traerá los demas cómo á jornal para que le sirvan en sus regalos y deleites; y se sabe muy bien aprovechar desta tiranía; porque en todos tiene echado pecho que le den de sus ganancias fuera del que él se usurpa, aunque no se lo den. Echase bien de ver este dominio y señorío en esta materia; porque lo que los ojos ven, los oidos oyen, las narices huelen y el corazon desea, es á fin de servir con ello á este sentido, dándole de sus ganancias, repartiéndolo con él de sus despojos, y no gozan de buen bocado que no le conviden con él. De manera, que como las líneas de la circunferencia se van á rematar en un centro, así todos los sentidos cuanto cazan por de fuera es en orden de regalar este hermano que siempre pide gollerías: los demás son ladroncillos que lo han de lejos; pero el tacto lo ha de cerca, y es un loco de muchos temples, que hace muchos males; los demás acuden á una cosa; pero el tacto hace su obra sitiando, escalando, poniendo manos á la labor: en los demás consisten las previas disposiciones de la enfermedad; pero cuando este llega ya es muy cerca la muerte. No se me hizo duro de

creer que san Leon, papa, se sintiese gravemente tentado de que una mujer le habia besado la mano, y de hecho se la cortó por huir de la fuerza de la tentacion. ¶

Mi amo se detuvo aquella tarde en casa, que no quiso salir; quiso que se averiguasen cuentas del camino con el despensero, y que yo me hallase para que de allí adelante estuviese á mi cargo el pasallas. Y como habiamos acabado tarde de comer, no pude salir en toda la tarde de casa, que estaba de los cabellos y bien contra mi voluntad, porque deseaba volver á tentar el vado, y ver si era llano lo que me habia parecido fácil: no hubo remedio, de que no tenia yo poco sentimiento, que se me hacia de mal perder ocasion por impedimento de mi oficio. Púseme en la cama, y di muchos vuelcos en ella, que no podía cuajar sueño, que era para mí cosa bien nueva; pues apenas me allanaba en un poyo con un canto por cabecera, cuando me zambullia hasta que el sol del otro dia me servia de despertador, sin que hubiese menester la invencion flamenca de relojes ni despertadores. Anduve vacilando en muchas cosas, ya de la vida pasada, ya de la pasion y presente: sería mas de media noche, y siento á la puerta de mi estancia dos ó tres golpecillos bajitos á manera de que rascaban la puerta. No tuve sospecha de que eran ladrones, porque era una casa muy bien cerrada; mas con el desvanecimiento que de mí tenia me vino al pensamiento que mi señora Livia me enviaria algun recaudo con alguna criada. Todo me alteré, teniendo esto por cosa averiguada. Yo era de mi natural atrevido, estaba harto de mudar asientos, cualquier lugar me parecia patria, y ninguno me dolia de dejalle. Determiné entre mí, que si mi señora me queria bien, podia sacalle mucho, pues estaba en casa tan rica; que el primer estímulo fué el del interese. Representábame el diablo que se podia hacer con mucho secreto, y cuando se supiese podia tomar calzas de Villadiego. No ponía yo duda en que mi señora me queria bien, pues el amor no repara en igualdad.

Levantóme de la cama en camisa, y voy á la puerta: hacia la noche muy oscura, y como era dentro de casa, tan oscuro estaba fuera del aposento como dentro: digo bajito: «ce, señora, ¿quién es?» Nadie me respondió, y yo sentia ruido muy cerca de mí. Creí que se burlaba, y alargó el brazo para echarle mano, y topo con una cabeza con sus cuernos; penséme que era el diablo que me venia á espantar, como yo estaba con imaginaciones torpes. Poco faltó para caerme de mi estado: el pelo se me erizó en la cabeza, y de puro espanto no pude echar ninguna voz: no podia mover los piés de un lugar. Estando en esta suspension y miedo vine á caer en la cuenta de lo que era; que en casa tenia mi amo diversos animales, mona, papagayo, y dos carneros de cuatro cuernos, y que debia ser el uno dellos. Cobré ánimo, encendí una luz con aparejo que tenia á mi cabecera, y hallé el carnero que no se habia movido de la puerta echado, y estaba remugando con que hacia un ruido lento y bajo, el cual hacia cuando yo le toqué la cabeza, y cuando le toqué paró. Y el ruido de la puerta le habia hecho como estaba arriado á ella, y levantaba la cabeza de manera que parecia que rascaba con los cuernos en la puerta. Hé aquí despintada mi sospecha de los amores con la señora Livia, y me vuelvo á la cama corrido de tal pensamiento y de mi fácil credulidad, y alborotado del suceso que casi me habia sacado de sentido, y cansado de vacilar y fabricar trazas é invenciones para hablar á mi señora, la que me parecia que de veras me habia mostrado aficion, y que para mí tuvo tan buena mano, que la vi entregada en la mia. Volvíome la imaginacion á traer á la burla del carnero y qué fácilmente habia yo pensado que era recaudo de mi señora Livia.

¶ Acordóseme de lo que habia oido predicar en Roma en la cuaresma pasada, en el sermon de la Madalena, tratando del vicio de la sensualidad: que es el diablo de tal

jaez, que en esta materia procura siempre hacernos caer con menos ocasion, y sin gastar mucho almacén por su parte; porque si puede con solo el deseo, no procura que se siga el acto; si con una fea, que no sea con una hermosa; si con una estatua de piedra, cual del otro mancebo ateniense, que no sea con mujer de talle; y por esto se dice que los enamorados son ciegos, porque hacen mil despropósitos. Contando san Gregorio la mala casta que sale desta madre lujuria, pone por hija mayorazga la ceguera del entendimiento. Cuando uno da por las paredes, decimos que ó está ciego, ó no escapa de loco. Pues, ¿qué menos concepto se puede tener del enamorado y sensual, sino que de ciegos se quebran muchas veces las cabezas perdiendo el seso, y como privados de la razon dan en disparates nunca pensados? Dime (yo te ruego), tú que escuchas mi vida, ¿cuántas veces en la tuya has quedado fallado de tus deseos? En lo que agora tratamos, ¿cuántas veces te dieron hora, y no puerta abierta? cuántas te has visto á pique de perderte, por ser casi cogido con el hurto en la mano, y otras has gastado gran parte de tu dinero, sin obtener lo que deseabas? Lances son deste juego, tretas deste ajedrez, suertes desta guerra. No te maravilles de mi suceso, y pon los ojos en los tuyos, y déjame dormir, que tengo alambicado el juicio de hacer discursos en materia que tanto alige el entendimiento. ¶

## CAPITULO VI.

En que se prosigue la materia del capítulo pasado, y cuenta Guzmán los favores que recibió de su dama, y la inquietud que le causaban.

Bien fueron menester golpes á la puerta para recordarme que el sol andaba muy alto, y yo estaba en mi profundo sueño, que como creedor riguroso cobraba de mí con puntual ejecucion. Salté de la cama, y empecé á vestirme á toda priesa por no caer en falta; y como la imaginacion es tan lijera, y en cualquier tiempo hace su oficio, luego me trujo otra vez la burla del carnero, que casi fué como la de la borrica que me sucedió en Malagon. Estaba atónico de mi ceguera, que preciándome de agudo, de limado y rompido, me dejase llevar de tan despropósito pensamiento: conocí la brevedad con que encanta este vicio y trastorna el juicio del hombre; que por horas le da los términos, y á los primeros paroxismos parece que le roba el seso y entendimiento.

¶ Por eso Apuleyo y los poetas, en la descripcion que hacen del dios Cupido, le pintan niño y ciego con los ojos vendados; niño, porque los que aman, como niños reciben engaños; y embelesados con la pasion, ni entienden ni discurren cubiertos los ojos. Porque se vea que no hay cosa mas sin luz que el hombre picado deste alacrán, no mira en lo que se mete, ni discurre si lo que apetece es posible ó imposible, si le está bien ó mal, si corre peligro ó está en salvo; solamente á ojos cerrados se arroja adonde le lleva su aficion, prueba venturas sin ventura, acomete trances mal mirados, pónese á riesgos evidentes, emprende temeridades, que tienen malas entradas y peores salidas. Si está se mira con agudeza y ojos de razon, ninguno se dejará de maravillarse, si se quiere dar la causa de tal desconcierto, porque consigo se la trae. Y es que entonces manda otro mas en casa que el que solia, por donde no hay otro remedio sino es apelar de la sala de la cordura, haciendo pasar su negocio á la de la ignorancia. No hay otra capa para cubrir su desnudez, salvo la pobreza de seso y sequedad de entendimiento. No es poca miseria, que habiendo Dios hecho al hombre tan hidalgo de su libertad, y habiéndole dado libre albedrio, ingenio y juicio angélico, le haya él baratado tan mal, que por una pasioncilla pierda el hombre, y con esta injuria mendigue el perdón de sus necesidades, diciendo que no se entien-de. Un loco hace ciento, y el amor hace cien mil. No he menester para probar esto la autoridad de Orígenes, que cada dia lo vemos; pues por el amor muchos pierden el



sesó, y vienen á dar en grandes disparates, llamando á las mujeres su vida, su alegría, su alma y aun su dios, diciendo blasfemias contra el cielo, y adorándolas no solo con palabras de blasfemos, sino con obras de gentiles.

Al fin, cuando bien hubie discurredo y acabádome de vestir, ya hallé que mi amo salía de casa; acompañéle hasta la iglesia. Y como no se me cocía el pan de la que me daba cuidado, con gran brevedad fui á la puerta de su casa. Estaba puesta á una celosía como si me estuviera esperando, y en viéndome se quitó della. Quedé muy congojado y pensativo; que entendí que era como el lance de la noche pasada, y en esto sale una criada y con grande disimulación me hizo del ojo que la siguiese. Llévome tres ó cuatro calles de allí, y díjome; que su señora había quedado muy pagada de mí, y que la tarde pasada me había estado esperando, y nunca parecí. Pero que advirtiese que era doncella recogida, y tenía madre y parientes muy honrados, y que no convenia que le diese vueltas por la calle, ni podía entrar en su casa de día, ni de noche por entonces, porque su madre la guardaba mucho, y ponía gran cuidado en las puertas; pero que después de las doce la podía hablar por la ventana. Agradecí mucho el favor, y por albricias á mi tercera le puse dos reales de á ocho en la mano, porque me parecía que ya no había hombre mas dichoso ni con mas felicidad. Héme aquí vuelto Fúcar, y en liberalidad un Alejandro, y ayer no tenía canto que arrimarme por cabecera. Creí estar empleado en cosa de un rey; quise saber de la que me trujo el recaudo quién era aquella señora; pero como yo era nuevo en la tierra, por mucho que me dijese, no podía caer en la cuenta, solo entendí que era de gente noble. Afirmábame que era doncella. Esto no podía yo creer por la desenvoltura que había visto; mas por lo que la quería holgaba de estar en este engaño. Volví á acompañar á mi amo á su casa, y hacer quimeras cómo podría yo salir aquella noche de casa, porque era muy cerrada, y quería que nadie saliese, y luego se cerrase. El afición es grande maestra, y no hay dificultad por donde no rompa. Acordéme que la ventana de mi aposento era baja y sin reja, y que por allí podía salir aunque quedaria la ropa sobre su palabra y á beneficio de inventario. Al fin no pude hacer otra cosa: cada hora se me hacia mil años.

Salí por mi ventana dejándola junta, y llego á la ventana de mi dama, la cual estaba abierta, y le veía la luz por la celosía. Todo me alegré; mas luego siento grandes voces, á manera de que la vieja reñía á su hija. Penséme de que la vieja estuviese tan tarde de piés y no se hubiese acostado, porque me habría de detener mucho para esperar ocasion; y no es mucha la seguridad de un español de noche por Nápoles. Sosegáronse las voces, y de allí á buen rato veo bulto en la ventana: lleguéme y era la criada, que me dijo: «señor, esta noche no habrá remedio, porque mi señora perdió ayer una joya, y hoy la ha echado menos su madre, y hala reñido mucho sobre esto, y está muy afligida. Yo conocí que podía ser treta, como la que me habían hecho en Toledo; pero como los enamorados son ciegos, y aquí tenía yo la bolsa á mi cargo, díjele que procurase que saliese y yo le pudiese hablar, que todo se remediaría, y que parecería la joya ó se haría de nuevo. Hizome esperar, y cerca de las dos de la mañana salió la señora, diciéndome con mucho melindre, que mirase no me viese nadie, porque era grande atrevimiento suyo, y á mucho peligro de su vida y honra el salirme á hablar. Hícele las gracias desta merced, y que mirase cómo le podía quitar el disgusto de la joya perdida, porque mas pena sentía yo en el alma, y que no reparase en nada, porque yo no había de sufrir, aunque se perdiese el mundo, que tuviese disgusto de la que era dueño de mi vida. Dijo que me esperase, que parecía que sentía ruido en casa. Volvió luego diciendo que no era nada, sino que el miedo la tenía inquieta, y que había hecho

mas en salir á la ventana que si esperara un toro en el coso. Pasamos muchas cosas mostrando que se había pagado mucho de mí, y que á la primera vista se aficionó luego, y que mas se holgaba que fuese español, y que no se engañaba en pensar que yo sería bien nacido y de buenos padres, que mis obras lo mostraban. En conclusion quedé condenado en haber de pagar la joya que decía que había perdido, que valia ochenta escudos, que era un papagayo de esmeraldas con dos diamantes por ojos; porque decía que el día que yo la topé le había perdido, y le traía de mostralle en la platería para que le hiciesen otro como él, y que era prestado, y por eso habían sido las voces de su madre, la cual se persuadía que el hombre que la había levantado del suelo se le habría quitado; y así vino bien el decir, que aunque aquel hombre no le había quitado, pero que le restituiría. Quedó aplazado que á la otra noche á la misma hora yo traería el dinero, y se subiría con una liga por la ventana. Con esto nos despedimos, quedando yo mas ufano que si hubiese descubierto unas Indias.

No quisiera dejar de haber visto Nápoles por los haberes del suelo. Vesme aquí, amigo, del todo inquieto, sin saber de qué estaba contento ó de qué melancólico; porque pensando cómo podría dar tal golpe de dinero sin que hiciese señal, tuve bien en que desvanecerme, y me resolví de darle (aunque se hubiese de saber), solo por ver si podía gozar lo que deseaba, porque el enamorado no mira sino el tiempo presente. Como me hallaba rico, y los dineros me bullian en las manos, solo hacia caso de comprar contentos de presente, sin echar la cuenta para el año de porvenir, y así me sucedió lo que dice el refrán: que quien adelante no mira, atrás se halla. Quien como prudente no juzga tiempos con tiempos, razones con razones y sucesos con sucesos, indigno es de llamarse avisado. Y debería considerar que no pudiendo andar al trote de mis antojos, ni pasar con tantos gastos adelante de la manera que en profecía, y aun en acto se me representaban, que había de vivir fatigado, alcanzado, misero, y con el verdugo de la necesidad á mis espaldas, que es puerta por donde salen todos los bienes y entran todos los males; que es arriero la necesidad que trajina cualquier trabajo, y es tierra la pobreza do se cogen ciento por uno, y mas la debía yo merecer como cirujano bien acuchillado, que pudiera vender esperiencias y leer cátedra de mal pasar; mas á posta me le ponía todo atrás, y adrede me lo despintaba de la memoria como cosa que no me acarrea gusto, y me privaba del presente que yo deseaba. Cerrábame, como dicen, de campiña, y como la sierpe al encantador, atendiendo solo á llevar adelante lo empezado, como si dello dependiera todo mi ser, vida y contento. Llego á mi casa, y fué gran ventura que los ladrones (que no había pocos) no hubiesen dado con la ventana abierta: acontecimiento fue acaso y buena fortuna; pero luego torció la rueda, como verás adelante.

Acostéme lleno de favores; y con el alegría del buen suceso y buenas esperanzas, que me prometía el cansancio grande y ser cerca del alba, me sepulté en la imagen de la muerte; que quien me viera pensara que la había tratado al vivo. También hube menester golpes á la puerta cerca de medio día, que pensaban que ya no estaba en el mundo. Yo como conocía las faltas que hacia, procuraba soldallas con levantarme aprisa, fingir que había estado de mala gana aquella noche, y mostrarme en casa solícito. A los golpes que daban á mi puerta de entresuelo, había salido mi señora Livia á una ventana del palacio, donde dije que la vi la primera vez, y al salir de mi aposento dije: «cómo, Guzmán, ¿en España también se usa madrugador poco? — No (dije), señora, en los de mi calidad y que habemos de acudir á obligaciones de nuestro oficio; pero los señores bien suelen hacer del día noche y de la

noche día, alumbrarse con la luna y cerrar sus ventanas al sol; mas yo no lo he hecho por voluntad sino por necesidad, porque me he hallado esta noche indispuesto.» Mostró pesalle de que esta fuese la causa, y creo que si supiera la verdadera le pesara mas, segun me fiaba de que estaba amartelada. Deseaba yo la noche, que me parecía que amanecía mi día en ella, y culpaba al sol de que tan de espacio se iba á reposar, por quitarme á mí el reposo.

Aquel día me entregó mi amo quinientos escudos para el gasto, que no se gastaban menos cada mes. Vino la hora, salgo por mi ventana, dejándola junta como la noche pasada, y llevando en una bolsilla de ámbar los ochenta escudos de la joya perdida del papagayo que parece que me decía: «¿cómo estás loco! ¿cómo cautivo perro! Hallé ya á mi ninfa esperando á la ventana, pedí que echase la liga, y ya la tenía aparejada y subió con ella el dinero, el cual debía ella esperar con mas cuidado que á mí. Hizome grandes muestras de quererme del alma, y que si estuviera en su mano aquella noche me hubiera puesto en su casa; pero que ella daría traza brevemente como yo pudiese entrar, y á vueltas de los amores injurió que mi aseo y curiosidad en el vestido le habían parecido maravillosamente, que ella de su natural era amiga del aseo y galas curiosas, y señaladamente de vestido á la española. Ofrecí de darle para uno la noche siguiente, pero que procurase de abrirme la puerta. Ella lo ofreció, y que haría todo lo posible, no solo por mi gusto, pero por el suyo, que lo deseaba con mayor afecto. Hinchíome los cascos de viento, el entendimiento de embellecos y la voluntad de buenas esperanzas; que es propio de mujeres encantar y embelesar, y mientras anda la bolsa próspera, todas anidan en ella, con mil donaires le cantan la buena ventura; mas en faltándole lo de dentro, ellas se retiran afuera; que son como las golondrinas, de las cuales dice san Isidoro que son grandes adivinas de la casa cuando se quiere caer. Y así en entendiendo tal pronóstico, sin dar las gracias á los caseros del hospedaje hacen san Juan y Corpus Cristi en un día, y se pasan á otra posada; y así hacen las mujeres cuando barruntan que ya no hay tras que andar; á la rebusca mudan bisietes, ó arman alguna riña con que despedirse y buscar la vida en otra parte. Por esto dijo Filon, que la mujer es animal muy costoso de sustentar: siempre está diciendo daca, daca; no mira si lo hay, ni que tiene pelado al hombre hasta los cañones; haya que robar, haya que coger, haya que le den, que aunque sea de hurtado no se le da nada. Volví también esta noche á casa cerca del día: no quise acostarme, por no hacer falta como las otras veces, sino que así vestido me senté sobre una silla que pensé que allí no prendía el sueño como en la cama; mas presto tuve el desengaño, que apenas me pudieron recordar segun me había engolfado en alta mar, que el sueño es ladrón de casa, enemigo solapado, traidor encubierto. Confieso que el sueño fué dado naturalmente al hombre para su conservación, porque no hay obra natural en él, que es mundo menor, que no tenga necesidad de descanso y alternacion, como la tiene este mundo mayor, en el cual hay invierno y verano, frío y calor, noche y día. Y así el sueño, segun Plutarco y Tertuliano, es un reparador de la virtud cansada, y con su ayuda y servicio refresca al hombre, dale nuevo aliento, y después de las fatigas y trabajos le resucita con fuerzas mas enteras para nuevo trabajo.

Pero el sueño, que yo tenía de puro rendimiento, así me acometió en la silla como en la cama: como yo estaba poco enseñado á regalos, adonde quiera me parecía cama regalada, y no tomé yo al sueño sino que él me tomó á mí, pareciéndome que era necesario para el descanso de los espíritus y recreacion de los sentidos. Es verdad que tras tanto trabajo y la buena costumbre que yo me tenía de dormir á rienda suelta, era casi imposible vencer el sueño, y no quedar vencido dél; porque no es otra cosa

sino un lugar donde se recogen los miembros fatigados del trabajo, para tomar aliento y descansar, y es un adormecimiento y pasmo de los sentidos, causado de la evaporacion y humos que suben del estómago y manjar al cerebro, donde, templándose aquel vapor cálido con la frialdad que él tiene, decidiendo y suspende el uso de los sentidos y de todos los movimientos exteriores. De aquí viene que, retrayéndose el espíritu vital al corazón, quedan suspensas todas las acciones deliberables, hasta que recobrando el espíritu nuevas fuerzas y cesando aquellos vapores, el hombre despierta tornando á los sentidos y potencias, á sus operaciones; y segun esto diremos que el sueño es una venta de descanso y casa de recreacion para los que estan fatigados del trabajo y brumamiento; y Estacio le pinta como un mancebo alegre, porque no puede sucederles ninguna cosa á los mortales mas alegre que la quietud después del trabajo.

Salí muy listo por casa, y ya hallé que mi amo había sentido la dificultad que habían tenido en recordarme, y los criados le habían dicho lo que dormía cada mañana. Dióme una reprehension muy cargada, diciendo, que era un vicio dañoso y perjudicial el mucho dormir, aunque no le faltan abogados y procuradores en todas audiencias que salgan en su protección; y muchos defensores de su injusticia: que por muchos fiscales que se levanten contra él, también hay jueces que contra todo derecho sentencian en su favor; y que mirase que los que se levantan muy tarde dan grande nota de que andan reñidos con el sol, pues, por no toparse con él, le huyen el cuerpo haciendo sus alianzas con la noche, y son como la lechuzca, que por no poder sufrir la claridad se pasa todo el día en el nido, y á la noche sale cubierta de las tinieblas á sus ocupaciones; y el que sigue el norte de la prudencia y pone cada cosa en su lugar, sin pervertir los estatutos del cielo, sale de mañana á su labor, hace lo que debe en el día y descansa á la noche como en tiempo diputado para ello; y que mirase que en su casa se profesaba vida política y de hombres racionales. Vesme aquí con una sofrenada por los amores nuevos, que bastara para alzar la mano dellos, si yo fuera capaz de buen consejo; mas siguiendo mi gusto, me iba á precipitar en los daños que se me siguieron. A los consejos de mi amo di la oreja de la manera que la otra hija á su madre, que decía: «castígame mi madre, y yo trómposelas.»

Hice la tercera noche lo que las pasadas: salgo por mi ventana, y llevaba cien escudos en la bolsilla para el vestido que ofrecí á mi dama. Halléla á la ventana, y por cogerme en el lazo, luego me dijo que andaba trazando cómo podría abrir la puerta. Yo pensando que era facilísimo, digo que me bajase la liga, y atele la bolsilla con los cien escudos. En viéndose con ellos, ó que le pareciese que en mí no había mas que pelar, y fuese traza suya, ó que ella tuviese algun galán (que no sería menos), que me habría visto hablar la noche pasada, al tiempo que hubimos discurredo por muchas cosas, parece que se resolvía en abrirme la puerta; salen cuatro de través, y embistenme á cuchilladas. Yo, como era mozuelo, y vi tantos contra mí y en parte que no era conocido, tomé el consejo del leon, que huye ocasiones donde no le ven, y con mi espada envainada supe por esperiencia que correr y huir no es todo uno. Siguiéronme poco: yo quedé harto atemorizado de los amores, que casi me costaron la vida, y no sabia de quién me había de guardar, y con el primer resuello me habían dejado tan gastada la bolsa, que no sabia qué cuenta podría dar á mi amo: ya me ví afligido, y acongojado, que no quisiera haber soltádome á nadar tan incautamente.

#### CAPITULO VII.

De cómo Guzmán de Alfarache fué puesto en la cárcel, y lo que en ella le sucedió.

Menos mal hubiera sido, si aquella noche no me sucediera otro avieso sino el espanto que me dieron los que



me acuchillaron, dejándome con sobresalto que no podría ver de noche á mi dama sin correr peligro; pero, como dicen, jamás viene un mal solo, y son como eslabones de una cadena, y merecía yo muy bien que me durara poco el bien que tan mal supe conocer: llego á casa, y hallo la ventana de par en par, de que quedé muy maravillado y con recelo no hubiese sucedido alguna desgracia. Entro por ella, y á dos pasos que di por el aposento veo entrar á mi amo y á muchos criados, que en viéndome arrebataron de mí, diciendo que ya tenían al ladrón. Quise dar mi satisfacción y no era admitida, pareciendo que todo era fingido; porque, según después entendí, en mi ausencia habían entrado ladrones por la ventana y no habían dejado cosa en el aposento. Y no faltó quien avisó en casa que habían sentido ruido de ladrones, y reconociendo mi aposento fué hallado desbalijado, y como si se hubiera hecho en él saco de Anvers. Creyó mi amo y todos los de la casa que yo sería el autor del hurto, y como me hallaron en el aposento desbalijado y saqueado, arrebataron de mí, pensando sin duda que yo era el ladrón que volvía á ver si podía llevar mas de casa. Ayudó á facilitar este pensamiento el ser yo no conocido, y que el origen averiguado con testigos de vista era de mendigón y pordosero, hallado en un camino, desharrapado. Mi amo no quería escucharme, los criados antes le indignaban, diciendo que se había querido fiar de quien no conocía, y dejar la fidelidad dellos averiguada con larga experiencia. Héme aquí como mi poco seso merecía, que con la conjoga presente se me olvidaron los amores como por la mano. Ya me contentara de verme solo en el camino de Nápoles, donde topé á mi amo, sin haber encontrado con él; ya me culpaba á mí y mi inconsideración y liviandad; ya á mi mala suerte, que no se cansaba de perseguirme. Y sobre todo recelaba el trabajo en que me podría ver, si la justicia hacia su oficio. Vi en figura los trabajos é infortunios que se me esperaban, y acordéme que era justa permission de Dios, por los hurtos que yo había hecho de consideración al especiero, y al judío, y aun á mi amo de los ciento y ochenta que había dado á la dama que me trujo en aquella confusión.

Pedí con mucho afecto á mi amo me oyese, y nunca quiso, pareciéndole que estaba bien averiguado el delito, pues el aposento se halló robado, y la ventana abierta, y yo ausente de casa, y que no podía haber salido por otra parte sino por la ventana. Pero como hombre noble y principal, no me dijo injuria ni denuedo, sino que pidió le diese cuenta del dinero del gasto. Dila, y hallóse harto ruin, porque no supe dar razon de los ciento y ochenta escudos; que por ser cogido tan de repente no tuve traza que fingir, y esto dió por mas averiguado el hurto; porque parecia imposible que en cuatro ó cinco dias que yo estaba en Nápoles hubiese gastado los ciento y ochenta escudos, sino que los había escondido, y que no era fiel en la ropa quien no lo era en el dinero. Esta presuncion era tan fuerte en conformidad de haber hallado el aposento robado, y yo que había salido por la ventana, que les parecia demostracion, y realmente que concluía sin que yo pudiese dar descargo. Mostrábase corrido de haber fiado de mí y haberse engañado en la eleccion, que le había parecido muy acertada. Vino la luz del dia, y hizo dar conmigo en la obscuridad de la cárcel; que aunque no la merecía por el saco del aposento, en que no tenía culpa positiva sino de negligencia y mala custodia, empero por los otros hurtos la merecía muy bien. Iba entre mi pensando lo que le había dicho un astrólogo á mi madre: que yo había de padecer muchos trabajos, cárceles y penas corporales.

Hasta entonces no me había dado á cato, porque no me había visto en acto de tanto rigor, y porque había estudiado en Roma en un librito, que no me acuerdo el título, que la astrología falta muchas veces, porque se funda sobre experiencias de efectos pasados, los cuales son in-

ciertos por la incertidumbre de la elemental disposicion; y aunque este juicio, de los efectos que se causan de los movimientos del cielo en los cuerpos inferiores, coge á los animales brutos de lleno en lleno, porque todos son puros cuerpos, pero á los hombres no les embiste mas de á soslayo; porque no tiene que ver el movimiento del cielo con el ánima racional; que el cuerpo no puede hacer sus efectos en el espíritu, y que así parecen desvarios de los astrólogos cuando están en juicio sobre las personas. En verdad que es providencia de Dios que falte la astrología, porque si siempre acertara, dejaran los hombres curiosos de creer lo que les predicaba la fe, por admitir lo que les prometía el astrología.

Al fin, en entrando por la cárcel, y escribiéndome en el libro, salen un enjambre de gente de la vida á arrebatar de mí, que si no les pareciera de la carda, me dejaran molido como carne momia. Mas procuré que entendiesen luego que era español, bañado en romano y napolitano, curtido en todo trabajo, y así me retiré á una parte á mirar de lejos y hacer exámen de mi vida; porque á la verdad, como esto de la cárcel era para mí nuevo, y dice mucha privacion de libertad, y con el mal título que me pusieron entré muy afligido, viéndome en tierra ajena y en tan mala morada, y sin blanca, que aun en la propia tierra es la cárcel del mal acogimiento que se sabe; y así se dice, que entre los pobres no hay ninguno mas triste ni mas pobre que el encarcelado. Bueno me vi sin blanca, preso y perdigado con el título del delito, para que me vistiesen algun jubon bien abotonado, y sobre todo, que no sabía qué había de comer, que era el mayor de los dueños, que al fin con pan todos son menos. Pero la cárcel de vicaria es un juicio abreviado, y hay de todas suertes de gentes. Deparóme Dios allí dos españoles, el uno capitán reformado, natural de Sevilla, y el otro cordobés, gente que tenían fuera de la cárcel, quien les proveía bien lo necesario. Eran marquesones, gente de lo de Dios es Cristo, de entuvion y la valentona: tenía cada uno su pensionaria, que le regalaba y le traía limpio, como el copo de la nieve. Quisieron saber mi desgracia, y creyeron lo que les referí, y así gustaron que les sirviese: con esto tenía que comer, que no fué poco consuelo, y el ver padecer tantos allí, porque al fin mal de muchos, gozo es. Diéronme la vaya de que había querido volar muy alto, y buscar bocados de principes con dinero de la Iglesia, y que compraba caro, sin mirar la mercadería. Conociéron que les respondía á propósito, y así pasaban muchos ratos conmigo; que en la cárcel hay tiempo para todo, y es la vida muy larga, y todos los entretenimientos del mundo son menester, y aun no suplen la falta de libertad, que es la mayor presea que los hombres tienen, y la mas rica y hermosa posesion. Mucho vale la hacienda; pero si no es uno libre, aunque la tenga, mas se dirá ajena que propia. De gran precio es la honra; mas al cautivo y preso; de qué le aprovecha, mientras está metido entre cuatro paredes? Y no solo en la cárcel se padece esta subjecion; pero aun se ha de ir mirando á la cara del alcaide y sotalcaide, y guardas de las puertas; porque si se les antoja ó descargan con un palo ó meten grillos, y no hay apelacion; que cuando otra cosa no se considerase, ¿qué mayor mal puede haber en la cárcel, que parece retrato del infierno? En ella, si la mirais de noche, vereis el horror de voces confusas, tinieblas espesas, ruidos de cadenas, resuello de infinidad de gentes, hedores insufribles; los suspiros de unos, los gritos de otros; y al fin allí viene á parar la escoria del mundo: los que no pueden caber en todo él se vienen á retirar á su leonera; es verdad que á mí, como no tenía en Nápoles amigo ni enemigo, no pude sentir el mayor daño que se siente en la cárcel, que es el despintarse las cosas, y tomar otro color de lo que son: los amigos se retiran, los enemigos se huel-

gan, el invidioso tiene treguas en su invidia: todos los males le siguen al preso, y todos los bienes le huyen. Los sucesos de aquella cárcel de vicario son infinitos, horribles y notables, y los de mi tiempo fueron extraños.

Pero entre otros, el de un letrado, mozo, galán y rico, hijo de Nápoles, el cual, por haberle habido doncella una hermana suya el mayor amigo que él tenía, que era un caballero principal y casi pariente suyo, habiendo probado de todas maneras, con ruegos y fuerza, que se casase con ella, y no queriendo, se hizo á montaña, como allí suelen, metiéndose entre los foragidos: era mozo valeroso, de grande ánimo y brio; tenía su cuadrilla, de que era cabeza, y hizo el hecho mas notable que se ha oido ni se pudiera imaginar. Que con haber tan grande rigor como hay en la persecucion de foragidos, y las penas que se ejecutan en ellos tan graves y crueles, rompió por todo, y entró disfrazado en Nápoles con su cuadrilla, habiendo tenido algunos dias una espía que tuviese cuenta con su enemigo; el cual andaba muy recatado y sobre sí, y tuvo noticia que, como era mozo, salía después de media noche de casa, acompañado de cuatro hombres. Cogióle al salir de su casa, y á los primeros golpes le derribó los dos dellos, y los otros dos huyeron como gamos; cogió vivo á su enemigo, y le hizo poner un paño en la boca porque no pudiese dar voces, y dió con él en su alojamiento; y aunque se arrojó á sus piés con muchas lágrimas, pidiendo misericordia; pero él, disimulando y mostrando que queria complacerle, le dijo que renegase de Dios nuestro Señor y de su Madre, y que él lo perdonaria; y como el otro por el miedo lo hiciese, no acordándose de la obligacion que tenía de morir por la confesion de su Dios, en el mismo acto lo mató, vengándose en el cuerpo y en el alma, cosa que no se halla escrita en historia alguna, é indicio grande de pecho dañado y poseido del demonio. Este pues, al cabo de mucho tiempo que fué perseguido, y había hecho mil casos atroces, robando y salteando, vino á manos de la justicia; y con ser muy conocido negó su propio nombre, porque no constase de la identidad de su persona por su confesion. Y aunque tenía muchas sentencias de muerte, y estaba el bando echado contra los foragidos, el cual bastaba, se hubo de averiguar con testigos que era él; y mientras se probaba fué tan diabólico, que se escapó de la cárcel, con ser la mas fuerte que se puede pensar, limando sus hierros, y quebrándolos con una yerba, y quitando dos rejas de una ventanilla, por la cual se descargó, siendo tan alta, que era maravilla que se hubiese atrevido á bajar por ella, que dejó admirada á Nápoles. ¿Qué de foragidos fueron justiciados en el discurso de mi prision, con aquel riguroso género de muerte que les dan con un martillo en los pechos, hombros y cabeza, con que mueren rabiando! ¿Cuántos otros salieron para galeras, y cuán sin empacho se cometían los delitos, que aun dentro de la cárcel no reparaban en nada, que unos á otros se mataban con armas que tenían escondidas, y con palos aguzados y tostados!

¶ Esta es la fiera condicion de los hombres que no escarmientan; y aunque ven el daño evidente y á los ojos, no reparan en nada por hacer su gusto. Corremos con tanta facilidad al mal, que aun haciendo una fuerza de piés para no caer, se le van muchas veces. Pues ¿qué será si el mismo hombre se echa por la cuesta voluntariamente, ayudándole por otra parte el demonio á estropear? Cierzo es que no parará hasta el abismo de males. El ladrón comienza por hurtos pequeños, y luego se va encarnizando en otros mayores, ensartando tales insultos, que no para hasta la horca. El perro hostigado no vuelve al molino; mas el hombre es mas insensato que este animal, pues nunca escarmienta. El pájaro, cuando

ve que le roban el nido y desbaratan sus trabajos, deja de cantar y acude á ver si voleteando podrá remediar el hurto de sus sudores ó hijuelos. Mas el hombre, siguiendo su vereda y abestializado con el deleite, se está como un Nerón, cantando y mirando el incendio de Roma. Es verdad, que no todos vienen á la cárcel por delitos muy graves, porque algunos llegan sin culpa y por calumnias de sus contrarios, con falsas acusaciones, y otros por culpas mas leves, ó que tuvieron circunstancias que aliviaban la calidad del pecado, que las ocasiones, oportunidades y avimentezas que incitan á los actos de culpa, son como desaguaderos, con que se alivia la gravedad del delito. Y así podemos decir, que es misericordia de Dios que haya en el mundo faltas, enfermedades, ignorancias y olvidos. Item: que haya incitamientos por otra parte de sobra, como es abundancia, sanidad, confianza de letras. Item: rostros hermosos y risas, y tiempos oscuros y lugares secretos; porque ya que los hombres por su propia culpa se hubieren de atrever á pecar, tengan algun socorro que les alivie la gravedad del exceso que cometieren, por haber sido inducidos en alguna manera por la ocasion de la hermosura y afeite y compostura, y la risa mensajera secreta del corazon, y del tiempo oportuno y lugar apartado, y otras provocaciones, de que usa el diablo con la permission que tiene de Dios. Mas el que contra todo esto vence, queda mas victorioso y virtuoso que el que conserva entre mujeres que tuviesen rostros de carátulas arrugadas, llorosas, mudas, aulladoras, apelmazadas, estando él aguazado, hambriento y muerto de frio. En fin, en la cárcel cada uno entra con su título, pero ninguno confiesa que debe nada, sino que viene por malas relaciones, enemigos que inducen al juez y por cosas de riza y cada uno confía y dice que saldrá al otro dia de la cárcel, y una vez metido, él está mas de lo que pensó. ¶

Como me sucedió á mí, que estuve hartos meses, y muchos con grande miseria y trabajo; porque la buena obra que me hacian mis amos de la cárcel cesó, que todas las cosas al desdichado facilmente se le deshacen entre las manos, y jamás viene un mal solo, que unos siguen á otros como si estuviesen eslabonados. Es (como dije) la cárcel un juicio, y como hay tanta infinidad de gente é hijos de todas madres, y cada uno con sus condiciones, y ordinariamente harto perversas y dañadas, por maravilla deja de haber en ella cada dia malos sucesos de riñas, muertes y hurtos: aquí se matan, y en llegando el alcaide ó sus oficiales no hay hombre que se mueva, cualquiera parece un santo, y no hay hallarles armas ni cosa que les parezca, con haberse herido con ellas. Pues dejad algo á mal recaudo, no hay cumplimiento de gatos como en la cárcel, ni tropelías tan finas para hacer invisibles: es increíble la sutileza, que si Caco resucitara, hallara maestros de quien no fuera buen discípulo en el arte. Fué pues el caso de mi pesadumbre que habiendo mi amo el cordobés tenido visita de su dama con la cual estuvo grande rato retirado en el rancho, y saliéndola á acompañar hasta la puerta de los calabozos, en un instante, estando yo allí, se desaparecieron los cuellos y ropa limpia, que no se pudo haber rastro; y en echándolo menos arrebata de mí, y á puño y tornison me pensó acabar la vida, pensando que yo lo había tomado: no quedó cosa que no me dijese, dando por averiguado el título con que había sido traído á la cárcel: fué menester que me quitasen de entre sus manos y salir bien lastimado; y aun blasonaba el buen cordobés que si no me hubieran quitado no lo llevara tan barato, como si me saliera de balde. Retiréme huyendo su furia, porque tenía amigos bravos, gente de vida airada, y yo estaba pobre y desvalido, y con todo algunos me consolaban apiadándose de mí. Daban grande culpa á mi nacion española, diciendo, que el cordobés había procedido como español en tratarme mal, y que era bellaquería que un



preso tuviese tanta soberbia, y se quisiese hacer de los godos y tener jurisdiccion y mando aun dentro de la cárcel.

Contábanme que habia tenido diferencias con muchos haciendo del arrogante y bravo, y alguno me hablaba que habia librado mal con él, y vengaba las reliquias de su coraje. Este (decia) debia de ser en España algun zapatero de viejo, y aqui quiere blasonar de linajes. Aqui reparé, considerando lo que es malquista nuestra nacion en donde quiera, por la soberbia y licencia que tenemos en hablar y hacer grande pié de los alcuñas de las linajes. Perdoneme mi madre España, que estoy con enojo, y digo contra ella verdades. Piensan los que en España se ceban en las alcuñas, que de los antiguos blasones tienen facultad de blasonar de los otros y quieren desaprisear á los que Dios juntó en una Iglesia con el retinte de las hazañas de sus antepasados. Detestable cosa es delante de Dios el que deja la confederacion de la gracia que recibió en el santo bautismo, y restribia en el rancio apollado de Babilonia. Son los españoles como los nembrotistas que quisieron celebrar su nombre con el blason de la torre; pues otro vicio tienen, que ni saben, ni quieren saber; y por esto no solo no buscan quien los aconseje lo que les cumple; mas al que por caridad quiere dar consejo de suyo (movido por lo que dice el Eclesiástico: á cada uno mandó Dios que tuviese cuidado sobre su prójimo), en lugar de agradecimiento, le dicen que mire sus duelos y no cure de los ajenos, como si fuesen ajenos al pié los males de la cabeza; de donde nació el refrán castellano que no se halla en otra lengua: «dádme dineros, y no consejos.» De aquí les naçen grandes ocasiones de daños y pecados: la cólera me calentaba la lengua viendo que no me podía vengar por mis manos. Y como era tarde, y no tenia que comer, ni sabia de dónde me habia de proveer, di en este cuidado que deshizo todas las fantasías de mi irascible.

#### CAPITULO VIII.

En que Guzmán prosigue los trabajos que tuvo en la cárcel, y cómo salió y asentó con un cocinero.

Ves aquí mi vida de prestado sobre la palabra de Dios y librado en su esperanza y fe, que por no haber querido caer en la cuenta, andar en cuerda y vivir quieto en servicio de mi amo, conociendo el buen asiento que tenia, me hallaron los alguaciles de la justicia y de la hambre. Al rico nada le falta, porque con su dinero compra lo que le ha menester en la mar, en el aire y en la tierra; mas yo, que no tenia remedio humano, preso y pobre, ¿qué tal me hallaría? Del pobre todos burlan como de perro atado, todos huyen como de perro rabioso, y á todos huele mal como el perro muerto; solo le queda la merced de Dios, que á nadie falta. Cuando ve que le aprieta el invierno, pide ropa y leña; cuando carga la noche, demanda siquiera un pajar para albergarse; cuando le aflige el calor, vase á las eras; cuando le atormenta la hambre, mendiga por las calles; cuando se siente enfermo, acógese á los hospitales; mas yo en la cárcel no me podía valerme de ningun remedio destes. Aquella noche empecé, para acudir á mi hambre, á deshacerme del vestido que tenia trocándolo con otro ruin, y á la fe en el contrato no hice logro; porque lo que valia cuatro di por uno: que así vende la necesidad. Como el dinero era poco, presto se me deshizo, y quedé hecho un mal trapillo; arriméme á los que vendian vino y otras viandas en la cárcel, y siempre de mi servicio se me pegaba un pedazo de pan, una vez de vino; y como lo llevaba á las mesas de los presos que comian, el uno me pedia de beber, el otro me enviaba por otro recaudo; cada uno me daba algo de comer. Desta suerte me entretenia, sirviéndoles á todos y conociendo por amos á todos los presos, á todos me mostraba leal y á todos clavaba lo que podia. Allí volví á repasar lo de la sisa, porque no se me

olvídase; yo mismo era comprador del vino y me lo media y al dueño del jarro sisaba del dinero y al del vino me le hacia juez de buena medida. Empecé á menear algun dinerillo; y era tal mi vicio, que á título de probar la mano para ver si ganaria para vestirme, todo me lo jugaba, y el juego me hacia ser mas largo sisador y mas corto poseedor de moneda.

Tres ó cuatro dias antes de una visita general de la cárcel para la fiesta de Navidad, advirtiéronme algunos, por qué no ponía yo alguna peticion: busqué tinta y pluma, y como algunos me vieron escribir, maravilláronse de mi letra y razonable nota. Héme aqui canonizado de letrado: todos acudian á que les hiciese peticiones, aunque me pagaban como á letrado bribon; pero todavia me valieron algunos reales en aquella refriega de visita; y de allí adelante el servicio que me daba de comer era escribir peticiones y billetes para procuradores y parientes de presos, con que ejercitaba la pluma, aunque yo estaba harto sin ella. Parecióme, pues por todos escribia, acordarme de mi mismo, y ver si podría mover á mi amo á que procurase que me sacasen de la cárcel; pues habia seis meses que estaba padeciendo. Escribile con mucha humildad, que suele hacer presa en pechos nobles y de ley; halléla en mi amo á medida del deseo, porque, aunque no me respondió luego, de allí á tres ó cuatro dias me envió un recaudo, diciendo que ya habia procurado y negociado que saliese libre de la cárcel; pero que me guardase de vivir mal; y fué así, que luego me dieron libre. No le parecia á mi procurador que podía ser, diciendo que el hurto estaba averiguado; pero no faltaba algun preso de esperiencia que me decia, que la voluntad de mi amo era la que importaba; porque los hurtos domésticos no se castigan contra voluntad del dueño y señor de la casa.

Sali bien despojado, y me duró hartos dias; como no sabia otro acogimiento, volví á la cárcel: escribia peticiones, y con esto acaudalaba la comida; y era casi como un procurador, que muchos me esperaban para negociar conmigo, y hacerme escribir sus billetes y memorias para los jueces. Y al fin me hacia preso de *bona vovya* por buscar de comer; que por la ciudad no tenia aun industria cómo lo habia de buscar, si no era pidiendo limosna, la cual yo entonces no osaba pedir por estar sano, y también por no dar en algun inconveniente, que como á holgazán y vagabundo me volviesen á la cárcel. Y aunque estaba tan pobre y desmedrado, te aseguro que era menos molestado de pensamientos y tenia mas quietud, que es la compañera de la pobreza. Este es el tesoro mayor que se puede desear, y abraza todas las riquezas de la tierra; pues es cifra de se juntan todos los bienes, suma do se hallan todos los contenidos, abreviatura de se encierran todas las prosperidades, y doblon de oro purísimo, do se contienen otras muchas monedas: esta es la quietud del ánimo.

¶ No quiero yo, en lo que digo ni escribiere, sacar las cosas de su proporcion, ni dar á entender que se siga el ocio, procurando la pobreza para alcanzar quietud. Pero, hermano, este don dió el Altísimo á la mansa pobreza, la cual él estimó y preció y la tuvo por compañera toda la vida que se dignó vivir en este mundo: que el pobre tenga menos alieccion de cuidados, los cuales nacen (como te dije arriba) de las espinas de la hacienda; y así dijo el otro:

Es vida segura la mansa pobreza,  
Dáviva santa desagradecida.

Y aun bien sabes que dijo Cristo: «no querais atesorar en la tierra,» y es uno de los mandamientos ó consejos del Redentor, que el mundo ha trocado en execracion, y así lo platica al revés, como si en contraria forma le recibiera; pues es sin duda que no hay cosa que así

contradiga á la sancion evangélica, como el afán y cuidado desordenado de atesorar; porque derechamente repugna á la intrínseca naturaleza del Evangelio, pretendiendo destruir su sustancia, la cual es levantar nuestros ánimos á cosas mas altas que las de la tierra, mostrándonos los tesoros del cielo, y deshaciéndonos los de la tierra para que los pisemos y tengamos en nada, y aun esto es anexo al Cristianismo. Bien conocia esta filosofia moral el buen Diógenes cinico, aunque no tuvo luz de la fe, pues fué tan grande amigo de la pobreza para alcanzar la quietud y reposo del ánimo; y por esto tuvo en poco el grande ofrecimiento de Alejandro Magno, contentándose con que no le impidiese el rayo de sol. Y viendo que una niña bebía el agua con la mano, echó el vaso que traía para beber, diciendo que pues hallaba que la naturaleza le habia proveído de vaso, no queria llevar carga de otro.¶

Otro Diógenes estaba yo hecho en la quietud en lo que tocaba á cuidado de mujeres, que se me fueron como por la mano, ni de atesorar; porque esto no lo cuidé en mi vida, que solo procuraba dia y vida con libertad. Muchos presos me enviaban con recados, y á solicitar á sus procuradores. Allí vi el roboratorio dellos y de los escribanos, y el humo que venden á los tristes presos, llevándoles engañados y dándoles á entender que han hablado al juez y que ya se mira su negocio, y ellos no han dicho palabra ni se han acordado. Al otro, que ya le han ofrecido que saldrá en fiado, al otro que le han hecho mejorar la sentencia de azotes en destierro, de muerte en galeras, sin que tal les haya pasado por la cabeza, sacándoles sudinero, y dejándoles con el trabajo acuestas: todo es trazas, artificios y modos de vivir, y aun de robar; al que paga bien le alargan el pleito; al que mal, ó no tiene de qué pagar, no se acuerdan dél. Pues del otro escribano que revela los secretos y viene á advertir al reo que la sentencia está ordenada y está muy buena, ó que está muy cargada, y le advierte para que procure el remedio, para que le unte las manos por el aviso de humo, que muchas veces es falso, y todas por el solo interesé, atropellando por el de su alma.

¶ Ven acá, escribano, que por eso dicen que teneis gran derecho en el infierno; el juez se guarda mucho de que no se sepa el secreto de la causa, y tú sin pedirte dél, le revelas. Pues no se me va el juez sin que me acuerde dél, que también vi maravillas. Dios te guarde, hermano, del juez apasionado, y que desea meter al pobre preso en la horca: él le examina los testigos como quiere, deja lo que es descargo y toma solo el cargo, y en él hace la letra gorda, y vale dictando con tales palabras, que de una pulga le hace el caballo de Troya. Y porque se parecen en algo á las palabras que ha dicho el testigo, y está el otro temblando delante del juez que le examina, no osa contradecir, y pasa el juez con ello, como si el testigo lo dijese, calificando el dicho, y el otro le firma; esto es aun cuando va por lo justo á su parecer, que otras veces le busca mil defecciones en la cárcel, hasta que parecen testigos, y con pocos indicios da el caso por averiguado, y la sentencia como si no le hubiera parido madre á aquel cristiano; y así echa años de galeras, como si fuera enviar á uno á divertirse, ó como si fuesen buñuelos, que no va nada en que salgan pares ó nones, tuertos ó derechos: á muchos lo he oído, y me parece buen pensamiento, que á un juez primero le habian de hacer experimentar la cárcel y galeras, para que supiese al recreo que envía la gente, tan sin asco ni pesadumbre; digo otra vez, hermano, que Dios te guarde de juez nuevo, que se quiere acreditar con rigores, y de verdugo viejo, que sabe el camino de cuello y espaldas.¶

A este estado me vi reducido, que era mi natural, perdiendo el buen lugar que habia hallado con buena suerte en casa del clérigo; yo me guardaba de perdelle por achanzas de otros criados, y vino á ser por mi propia culpa

y por seguir mi apetito y volar como halcon altanero; y no fué embelecó de poco daño; pues vine á padecer, experimentando el galardón que suelen dar los vicios, y señaladamente sensuales. Con mucha razon se compara el deleite á la leche; porque así como esta con su dulzura lleva tras el gusto, pega sueño y presto se corrompe, así el deleite embota el apetito, priva del sentimiento verdadero, y después todo lo corrompe; si no, échese un bando de ojos por todas las historias sagradas y profanas, y veremos los libros llenos de ejemplos que nos predicán lo mesmo que el Espíritu Santo. ¿Cuántos hospitales hay llenos de hombres bien nacidos y ricos, que malbarataron sus haciendas en este trato! ¿Cuántos sirven de mozos y esclavos que en algun tiempo fueron señores afortunados, pero vinieron al estado misero en que se hallan por el gasto profano que hicieron con mujeres! Y ¿cuántos ganan un pedazo de pan en oficios viles, cuyos padres espendian mas con los criados de cocina, que ellos y los amos tienen en toda su hacienda! «El deshonesto, dice Salomon, vendrá á ser pobre.» Como es palabra de Dios, cúmplase infaliblemente: por esta causa vemos cada dia muchos sin dignidad, sin haberes, sin honra, sin padre, sin madre, mas no sin perro que los ladre; pues al desharapado hasta los perros le tienen por ladrón de lo ajeno. Y así lo merece quien dió tan mal còbro de sus cosas. ¿Cuántos mayorazgos han perdido por aquí los títulos de su herencia! ¿Cuántos por darse al vicio de mujeres en vida se comieron de gusanos, en vida se privaron della y de la honra, antes que comenzasen á gozar della, en vida se enterraron, y en vida hicieron cesion de bienes, deseando para su remedio los males de la muerte!

Mas no quiero engolfarme ni engolfarte en tan grande abismo, aunque es muy general, y cunde mucho mas que mancha de aceite. Y prosigo con lo que determiné de mi vida, que aun el ver estos malos tratos de procuradores, jueces y escribanos me enfadaron. Aunque pues dije que el mayor mal destes es vender humo, no dejaré de contarte lo que allí sucedió, y fué cosa notable. A uno le pasó por la cabeza que si podia hablar al virey, cuando saliese en público, en sitiadas generales, podia sacar mucho provecho de los negociantes. Tuvo forma de que el secretario del virey le obtuviese que en público le dijese al virey á la oreja la oracion del *Ave Maria*, y no otra cosa. Como mucha gente principal y titulados vieron que este hombre hablaba tanto á la oreja al virey, y le escuchaba de buena gana, en tiempo que ellos no podian haber lugar de hablar, parecióles que era grande la privanza, y que por su medio podian negociar sus cosas. Cada uno le encargaba su negocio, y él á todos prometia que sin duda hablaria al virey con grandes veras. Vianle hablar, y aunque era la oracion del *Ave Maria* la que decia, cada uno pensaba que era su negocio. Acudian á él, y á cada uno en particular decia que dejaba el negocio en grande punto, muy informado y con buena esperanza. Si salia buena sentencia, pensaban que sin duda era por su negociacion: acudianle maravillosamente. Si salia mala, entendian que no habia podido negociar mas; y en esta forma hizo millares de ducados, hasta que cayó el virey en la cuenta de las embrollas del buen hombre, y le dió el castigo merecido. Naturalmente aborrecia yo este trato; porque con sencillez queria valerme de lo propio y ajeno para solo mi sustento, sin pensar en cargar juro ni hacer mayorazgos. Topéme con un mozabillo de mi misma figurilla, pícaro de cocina del virey, que era á la sazón el gran conde de Miranda, cuya prudencia y grande gobierno tenia y tiene maravillado el mundo, canonizándole por el escolentísimo consejero de estado, y gran columna de la monarquia de España; en breves razones me dijo cuán bien se pasaba en aquella cocina, y que de los relieves y cosas que se perdian se podian sustentar muy bien aun los que se precian de delicados, y que estaba de